

Antonio Gómez Charlín

NAGASAKI



LETRAS DE AUTOR

© Antonio Gómez Charlín
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial y composición cubiertas: Georgja Delena
Foto de portada: Ramón Herar
Foto de contraportada: Luis E. Gómez Charlín

Primera edición: Octubre 2014

ISBN: 978-84-16181-91-9
Depósito Legal: M-xxx-2014
P.V.P.: 15 €

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

*A mi padre que construyó para mí sin saberlo
el cuarto de los libros.*

*Para Heidi Karen Nunes Febles, por los
momentos mágicos que compartimos, que ya se
han desvanecido en el tiempo como lágrimas en
la lluvia, pero que perduraran eternamente en
nuestra memoria.*

*Para Antonio Núñez, por su amistad
y comprensión.*

*A Eduardo García Rojas, por saber descifrar en
mis novelas la esencia de mí materia literaria.*

*A Sita que paseó envuelta en la bruma por los
bosques de La leyenda de Fukaeri.*

*A Ramón Herar, que tuvo la audacia de
fotografiar algunos instantes en los que Yami y
yo compartimos el mismo escenario de la vida.*

*El valor de nuestras vidas no lo decide
nuestra manera de ganar
sino nuestra forma de perder.*

Ernest Hemingway

.....

.....

NOTA DE PRENSA: el escritor Óscar Neuman se suicida a los 40 años de edad. Su cuerpo fue hallado en la bañera de la habitación de un hotel del sur de la isla de Tenerife. Se había cortado las venas de ambas muñecas. El agua estaba tan roja que parecía mercurio. El autor de Hiroshima dejó una nota; “sólo quisiera no haber existido jamás” y un libro póstumo “Inventario de soledades”.

.....

.....

HIROSHIMA

La tarde era gris y delgada como un sudario, los graznidos de las gaviotas rompían el silencio y los juncos acariciados por el viento oscilaban e inventaban a cada instante el arte de besar el suelo.

El esqueleto oxidado de la arenera permanecía enterrado entre los helechos y los bancales de arena, dándole el aspecto de animal prehistórico extinguido.

El cielo estaba plagado de nubes que parecían de algodón de azúcar.

Óscar Neuman alzaba la cabeza del cuaderno en el que escribía cada diez minutos aproximadamente, echaba un breve vistazo al paisaje que lo rodeaba, deteniéndose, sobre todo en el esqueleto oxidado de la arenera, y volvía a hundirse en la escritura. Su pantalón de deporte estaba tan pasado de moda, que parecía sacado directamente de las olimpiadas de Berlín. Por cuya pista de atletismo Hitler paseó su bigote siniestro, alzando el brazo derecho como una marioneta diabólica.

Esa tarde de verano el sonido de las chicharras era sobrecogedor, pero a pesar de ello, Óscar Neuman podía ver con una

claridad asombrosa los rostros de Valentina Osorio y Lorenzo Guzmán, los personajes de la novela que estaba escribiendo, y que él pensaba titular “Hiroshima”, después de haber visto un documental sobre la segunda guerra mundial, centrado sobre todo en las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki.

De pronto los perros se pusieron a ladrar, todos a la vez, y el cielo se volvió de color púrpura. Un objeto cayó desde la bóveda celeste y se hundió en las aguas del río. Óscar Neuman sintió miedo, era un miedo antiguo que le atenazaba la garganta. El agua se tornó escarlata, Neuman se acercó a la orilla y hundió su mano derecha en el agua, los perros seguían ladrando, el cielo tenía ese tono color púrpura que tanto le inquietaba.

Poco a poco los perros dejaron de ladrar y el cielo recobró su aspecto original.

Óscar metió el cuaderno y el bolígrafo en la mochila y emprendió el camino hacia casa. Recorrió los senderos de tierra a través de maizales que tenían la altura de un hombre, y viñedos cuyas hojas brillaban cada vez que el sol penetraba entre el follaje.

Óscar Neuman esa noche tuvo fiebre, cuando se despertó, un enorme dragón rojo apareció tatuado en su espalda, él no le dio importancia, sabía que si se la daba caería en la locura. Todas las mañanas hiciese el tiempo que hiciese, nadaba una hora en mar abierto. Luego se secaba a conciencia y si le apetecía iba a las obras que dirigía su hermano.

Ejecutaba las tareas más ingratas sin emitir una queja, por las tardes, después de comer, se refugiaba en una soledad absoluta, auspiciada por la escritura y la lectura, edificaba con asombrosa pericia una muralla que le alejaba del dolor del mundo.

El escritor, periodista y crítico literario Alberto Fuguet leyó con la paciencia de un santo las tres primeras novelas de Óscar Neuman. Cuando éste fue a por ellas le dijo la verdad:

Las tres novelas son malas pero tienes un talento inmenso.

Neuman se quedó un momento desconcertado, tratando de descifrar si lo que el señor Fuguet le había dicho tenía algún sentido, él no se lo encontró.

Sabe que se llama usted igual que un prestigioso escritor chileno, le dijo Óscar.

No, no lo sabía, la verdad es que he perdido la fe en la literatura, le dijo el señor Fuguet.

Yo también he perdido la fe en la literatura pero no en quienes la escriben, adiós señor Fuguet, gracias por su sinceridad.

El día en que Lou Reed, el poeta del lado oscuro, murió, Óscar Neuman quemó sus tres primeras novelas en un bidón. Pequeños trozos de las páginas chamuscadas salieron volando como mariposas enlutadas. La luna flotaba en el cielo, haciendo oscilar su luz opalescente sobre las cenizas. Óscar contemplaba ese espectáculo nocturno con una sonrisa dibujada en su cara, estaba seguro de que su próxima novela evitaría caer en las llamas del bidón. Después de ver como ardían las páginas de sus tres novelas, se sintió invadir por cierto halo de poesía oscura. Notó que un ligero escalofrío recorría su cuerpo. A partir de esa noche ya nunca fue el mismo, un amplio abanico de posibilidades se abría en el horizonte.

Justo dos días después de que el río se iluminara, al despertar Óscar Neuman notó un dolor extraño en la espalda. Cuando al fin pudo contemplarse en el espejo del cuarto de baño, vio con estupor que los colores del tatuaje se habían intensificado y el dragón rojo parecía un ser vivo a punto de abandonar su piel.

Después de quemar sus tres primeras novelas, Óscar Neuman pasó un periodo de sequia. Era incapaz de poner por escrito lo que le pasaba por la cabeza, no estaba bloqueado, pero cierta angustia mantenía al margen el poderío de su memoria e imaginación. A veces se quedaba durante horas mirando la superficie del río, esperando una señal, pero nada sucedía. La soledad era absoluta. La quietud del paisaje parecía formar parte de un cuadro pintado por un pintor carente de talento.

El único amigo de Óscar Neuman se llama Fabián Casal, es descendiente de emigrantes argentinos, que escaparon del golpe militar por los pelos, y que se afincaron en Sarou porque eran vecinos de un gallego que procedía de esa localidad, y que de algún modo les facilitó el acceso a un pueblo ensimismado en su belleza paisajística y en su gloriosa tradición gastronómica.

A veces se reunían en el bar Songko 2046, cuyo dueño era un entusiasta del cine y la literatura asiática. Cuando la clientela lo permitía se unía a ellos y charlaban hasta la hora del cierre.

Fabián siempre llegaba cuando Neuman ya llevaba un buen rato en el bar, su fuerte desde luego no era la puntualidad. Sin saludarlo Casal le preguntó a quemarropa:

¿Qué te dijo el pelotudo de Fuguet?

Que las tres novelas son malas pero que tengo un talento inmenso.

Eso te lo podría haber dicho yo.

No digas disparates Fabián, tú ni siquiera has leído las novelas.

Ni falta que me hace, puedo reconocer a un escritor con talento con solo verlo ¿Qué has hecho con las novelas?

Quemarlas.

Tú estás loco.

Entra dentro de lo posible.

Óscar tienes talento joder, no lo desperdicies. Ya quisiera yo tener una tercera parte del que tú tienes. A veces me siento como un eunuco, sé como hay que hacerlo, pero no puedo hacerlo porque me han cortado la polla o nació sin ella. Olvidate de lo que te ha dicho Fuguet, ese ha quedado anclado en la literatura del siglo diecinueve, se ha enquistado en Stendhal, Víctor Hugo y Tolstói, y de ahí no lo saca ni dios. Tú no puedes escribir como ellos, es más, no debes, tu escritura es nerviosa, directa, moderna, pasa del puto siglo diecinueve. Y no olvides nunca que para un escritor la puntuación es una decisión ética. Tiene que ver con su respiración y no con lo que manda la gramática. Por cierto, te he traído la película que me pediste “Hiroshima mon amour” de Alain Resnais, con guión de Marguerité Duras, es más lenta que ver crecer una flor, pero como dice el refrán, sobre gustos no hay nada escrito.

Cuando salió del Songko 2046, el cielo estaba tan oscuro, que apenas podían verse un par de estrellas brillando erráticas en la bóveda celeste.

Al llegar a casa fue directo a la cocina, bebió un vaso de zumo y se hizo dos sandwicheches de queso con atún. Su cuñada y su hermano ya estaban durmiendo. La relación que tenía con ambos era tensa, pero como raras veces se cruzaban, las hostilidades nunca llegaban a ser lo suficientemente profundas.

Su habitación es amplia, las paredes plagadas de estanterías, con miles de ejemplares poblándolas, una mesilla de noche, un armario enorme para su escaso vestuario, y una cómoda, encima de la cual destaca un pequeño televisor de plasma conectado a un DVD.

Neuman se despoja de la ropa hasta quedar en calzoncillos, luego se pone una vieja camiseta. Antes de ver Hiroshima mon amour, busca el ejemplar de El amante de Marguerité Duras, la guionista de la película. En la foto de la contraportada la escritora francesa semeja un galápago viejo, cuyos ojos parecen cargados de una sabiduría milenaria.

La película le fascinó de principio a fin. Pensó que de algún modo le ayudaría con la escritura de su novela Hiroshima.

Esa noche durmió profundamente y soñó con Valentina Osorio. Al levantarse apuntó lo siguiente en uno de sus cuadernos; Valentina Osorio, 26 años, rubia teñida de morena, tatuajes; la gran ola de Kanagawa de Hokusai en la espalda, dos mariposas gigantes debajo de los pechos y un puñal encima del pecho izquierdo. Cubana. Nació en una pequeña isla. Pasó dos años en Japón, uno en Nagasaki y otro en Tokio. Tiene un hijo de un japonés, que vive con su padre en el país del sol naciente. Regresa a Tenerife. Empieza a trabajar en casa Venus, donde conoce a Lorenzo Guzmán. Valentina es endiabladamente guapa, y sus ojos verdes invitan a pecar sin sentimiento de culpa.

Dejó de escribir, el cuaderno parecía un animal muerto encima de la mesilla de noche. Los primeros rayos de sol trataban de colarse entre las rendijas de la persiana sin mucho éxito.

Óscar sentado en la cama se mira las manos con impotencia. Sabe que ha perdido la fluidez narrativa, no tiene ni idea de lo que debe hacer para recuperarla. La alarma de su viejo reloj casio suena indicándole que es la hora de salir a nadar.

Esa mañana después de nadar va a la obra. Los viejos oficiales lo reciben alborozados, con una alegría inusual.

Al mediodía cuando la actividad es más frenética, su hermano impecablemente vestido llega a la obra. Los dos se odian sin fisuras, la tensión flota en el ambiente, el sonido de las herramientas parece la melodía inquietante de una orquesta apunto de perder la compostura.

Vaya, hoy has venido.

Óscar no dice nada, lo mira impávido. No quiere empezar otra discusión con su hermano.

Están a principios del verano, el sol a esa hora golpea con fuerza. Los obreros se mueven como un pequeño ejercito de hormigas laboriosas. Óscar está paleando arena y cemento en la hormigonera. Mientras tanto, su hermano, con su flamante traje de verano, sigue paseando por la obra, como un señor feudal admirando la amplitud de sus posesiones.

Óscar sigue paleando, de vez en cuando echa agua en la hormigonera para dar consistencia a la mezcla.

Su hermano aprovecha para echarle la bronca a un joven peón, que apenas lleva unas semanas trabajando.

Quieres dejar al chaval en paz.

Tú no te metas en esto.

Que no me meta en esto, pero de qué coño vas por la vida. Llegas aquí con tu traje nuevo, pavoneándote por la obra y buscas el eslabón más débil para echarle la bronca y sentirte importante. Ese chaval trabaja más en un día, que lo que tú trabajas en un año. Este edificio se puede construir sin ti, pero el trabajo que hace el chico es fundamental, es el que trabaja más duro y el que menos cobra. Acaba de descargar el solo un camión entero de bolsas de cemento de 50 kilos. Me gustaría verte a ti haciendo eso.

Eso lo hace cualquiera.

Yo a ti no te lo he visto hacer nunca.

No me jodas Óscar, que yo soy el que le da de comer a toda esta gente. Son mis empleados, y si no están a gusto que se vayan.

No te equivoques hermanito, los que te damos de comer somos nosotros. No solo te damos de comer, sino que gracias a los sueldos de miseria que les pagas, tienes uno de los mejores coches, un chalet cerca de la playa de la Lanzada y unos veinte pisos para vender y alquilar. Tienes más dinero y posesiones que todos nosotros juntos. Somos nosotros quienes te hemos hecho millonario.

Que te jodan Óscar.

Que te jodan a ti, la próxima vez que aparezcas por aquí pavoneándote como un pavo real, para echarle la bronca a un pobre diablo, te juro que te cojo por la corbata y te estrangulo.

No quiero que vengas más a trabajar. Ya arreglaremos cuentas en casa.

Óscar no dijo nada. Miró con odio a su hermano y se quitó la camiseta llena de manchas de cemento. Todos vieron el tatuaje del dragón rojo.

Neuman dejó de ir a las obras que dirigía su hermano con mano de hierro. En la casa que compartían procuraban no cruzarse. Si lo hacían evitaban mirarse a los ojos y se encerraban en un mutismo feroz.

Por las mañanas después de nadar, daba un paseo y se sentaba en un banco del parque a leer. Por las tardes al terminar de comer preparaba la mochila y se dirigía a su lugar de siempre. Leía el título de la novela en la que estaba trabajando Hiroshima, las primeras páginas, pero luego se quedaba paralizado, sin palabras. Nunca le había pasado nada igual.

Una noche al llegar a casa se encontró con su cuñada.

Mi marido está hasta los cojones de ti, no le gusta tu actitud, vas al trabajo cuando te da la gana, no respetas nada, te comportas como un niño.

La opinión de mi hermano nunca me ha importado, la tuya sí, pero procuro no hacerte demasiado caso, yo entiendo perfectamente que tengáis tan mala opinión de mí, pero eso no me va a impedir vivir mi vida a mi manera.

¿Te crees especial?

No lo creo, lo soy.

Óscar se saca la camiseta y le enseña el tatuaje del dragón rojo a su cuñada.

¿Dónde te han hecho el tatuaje?

En ningún sitio, una mañana me levanté y ya estaba ahí.

Y tú esperas que me crea eso.

No me importa que lo creas, es la verdad.

Estoy embarazada.

Si es niña debes llamarla Nagasaki.

Jamás le pondría ese nombre a mi hija, además tu hermano no me dejaría...

Óscar Neuman soñó por primera vez con la peluquería Jazmín cuando llevaba una semana de sequía literaria. El escritor Lorenzo Guzmán está sentado en un diván, la mochila azul y roja descansa a su lado, Valentina Osorio está sentada frente al espejo, la peluquera china la peina para la sesión de fotos de la tarde. Valentina le pide a Lorenzo que le pague las extensiones, él dice que ni hablar, son demasiado caras, ella pone morros, el rostro se le entristece. La peluquera le dice a Guzmán: ella

siempre habla muy bien de ti, que tienes un gran corazón, que la ayudas mucho, tú muy bueno con ella. Lorenzo se emociona al escuchar esas palabras, siente emociones extrañas e inexplicables hacia Valentina, ella lo sabe. Guzmán cambia de opinión: ponle las extensiones. Valentina sonrío, se la ve feliz. Durante tres horas Lorenzo Guzmán observa como la peluquera china le va poniendo las extensiones con una paciencia infinita. En una mesa cercana, el marido de la peluquera le hace las uñas a una chica de pelo castaño, atractiva, a la que Lorenzo Guzmán conocerá, cuando su historia con Valentina concluya. El saca de la mochila el ejemplar de Canadá de Richard Ford, para enseñarle la portada a Valentina, a ella le gusta, hay algo misterioso en esa foto. Óscar Neuman se asombra de la nitidez del sueño, su ejemplar de Canadá reposa en la mesilla de noche.

Esa tarde el agua del río baja lenta cerca de la esquelética estructura oxidada de la arenera, a veinte metros de donde se encuentra Óscar Neuman peleando con las palabras de su novela Hiroshima. El sol se refleja en el agua grisácea del río.

En esos días en los que las palabras estaban ausentes, el único escritor que podía leer era Richard Ford, pero se sentía incapaz de determinar que tenía su prosa para mitigar los efectos de la desolación.

La primera vez que soñó con Lorenzo Guzmán y Valentina Osorio, no le dio mucha importancia, la noche anterior había visto una película china titulada Sueños de Shangai, pensó que las imágenes de la peluquería Jazmín eran una deformación de la película. Pero el tiempo con su dedo de humo le demostró lo equivocado que estaba.

Cuando Óscar Neuman veía en sueños a los personajes de su novela Hiroshima, de fondo sonaban algunas canciones de la banda sonora de la película Deseando amar...

A veces cuando las palabras quedaban estancadas en el silencio, se levantaba enfurecido y se iba a pasear desde o pombal hasta la torre de San Sadurni, le gustaba mirar la puesta de sol, sobre todo cuando el mar mostraba un color gris metálico.

Los veranos en Sarou son lentos, morosos, el calor ablanda el tiempo hasta estirarlo como un chicle. Mientras los chicos de su edad se bañaban en las playas, iban a fiestas, ligaban y se acostaban con chicas, él estaba solo como un cuervo. También pensó que el mundo es un lugar hermoso cargado de tristeza.

Su amigo Fabián Casal en la época estival desaparecía del mapa, raramente se veían cuando la canícula estaba en pleno apogeo, como si el calor impusiera entre ambos una barrera cuya solidez ignoraban, pero que estaba presente hasta la llegada sigilosa del otoño.

Como su talento literario parecía haber desaparecido, cuando soñaba con los personajes de su novela, anotaba con minuciosidad en un cuaderno que depositaba todas las noches religiosamente sobre la mesilla de noche, cada detalle, cada gesto, lugar o conversación que mantenían ambos a lo largo del sueño. Neuman tenía la impresión de estar viendo los capítulos de una teleserie impredecible.

Una tarde todo cambió. Estaba intentando escribir pero no podía, hasta el sonido de los insectos le molestaba. Intentó leer un capítulo de Canadá de Richard Ford, fue incapaz, las palabras se diluían en su cabeza como azucarillos. Cogió una revista que llevaba en el fondo de la mochila y se puso a hojearla, había una entrevista al escritor estadounidense Tom Wolfe, por la reciente publicación en España de su novela Bloody Miami. Pero lo que realmente cambió el rumbo de aquel verano y abrió la grieta a

través de la que él escribiría su novela Hiroshima, fue un reportaje sobre Lou Reed. Concretamente una entrevista que le había hecho Rosa Montero hacía años, y en la que le preguntaba por una sequía creativa que Reed soportó durante un periodo de su vida:

Es que para alguien como yo, si no puede escribir nada tiene sentido. Escribir es mi todo, es mi vida, y que de pronto te lo quiten... O ni siquiera era eso, porque si alguien viene y te lo quita siempre puedes ir a recuperarlo, pero esto era peor, ¿Entiendes? Era la sensación de que el talento se había evaporado, mirabas alrededor y no había nada, no quedaba absolutamente nada. Era inaguantable. Pero al final he conseguido un equilibrio con el talento, he hablado con esa parte de mí... O sería más exacto decir que esa parte de mí, llamémosle inspiración, el talento, como quieran llamarlo, me ha hablado a mí.

Neuman al terminar de leer ese fragmento, cerró la revista, abrió el cuaderno y escribió durante horas hasta la extenuación.

Esa noche salió a pasear por las calles del pueblo, era como un espectro incapaz de conciliar el sueño, el paseo se prolongó hasta altas horas de la madrugada. La luna en lo alto brillaba como un gran globo de luz, que iluminaba los adoquines de la parte antigua de Sarou.

Cuando hace mal tiempo va al Songko 2046 a escribir. Allí hay un tipo muy ocurrente, que cuando lo ve llegar siempre le dice lo mismo: vaya, ya ha llegado el coronel no tiene quien le escriba. Las miradas de ambos se cruzan, pero Neuman opta por ignorarlo y se centra en sus cuadernos y libros. La música que suena en el local es tan previsible que Óscar ni la oye, tiene la sensación de que forma parte del silencio que sólo rompen las voces de los parroquianos.